

Destacó de manera singular en su defensa de los intereses de la isla de La Palma, especialmente por el mal estado en que se encontraban sus carreteras.

Su última intervención en el Congreso de los Diputados data del 24 de junio de 1936; no volvería a Madrid. El viaje del mes siguiente estuvo marcado por la sentencia dictada, tras Consejo de Guerra, contra su hijo Manlio, de apenas 21 años y soldado de ingenieros, a cuya defensa se dedicó con vehemencia, aunque fue finalmente condenado a tres años de prisión correccional militar en Mahón. El alegato jurídico sobre la injusticia de la condena de su hijo Manlio lo publicó en el periódico *La Tarde* el 15 de julio de 1936. Esa sería su última publicación.

El jueves 16 de julio de 1936 embarcó en el vapor Villa de Madrid con destino a Cádiz, desde donde debía continuar viaje a Madrid por carretera, para reincorporarse a las tareas parlamentarias.

La atmósfera política estaba profundamente enrarecida y los conflictos sociales se habían multiplicado. La sublevación militar comenzó en Melilla, a las 17 horas del 17 de julio; el 19 se proclamó la huelga general en Cádiz, y el 20 la guarnición se sublevó y controló la ciudad. El barco que transportaba a Rodríguez Figueroa atracó en Cádiz el día 21, e inmediatamente el capitán le comunicó lo que estaba ocurriendo, recomendándole que no desembarcara.

Pero el diputado no acababa de creérselo, y no solo desembarcó, sino que se dirigió al Gobierno Civil para pedir explicaciones, institución que ya estaba ocupada por las tropas legionarias, que le detuvieron inmediatamente. El Villa de Madrid continuó su rumbo hacia Barcelona, y Luis Rodríguez Figueroa fue devuelto a Tenerife, detenido, los primeros días del mes de agosto, siendo trasladado a la sede de la Logia Masónica, en la calle San Lucas, desde donde fue desplazado hacia las prisiones flotantes.

Existe constancia de la solicitud formulada por José Víctor de Vergara y Batista ante la junta que gestionaba las listas de presos gubernativos, situada en La Laguna, y que semanalmente elaboraba el listado de personas que debían ser eliminadas. Al parecer, el 21 de octubre fue trasladado en una lancha, junto a un pelotón de castigo, y arrojado al mar.

Pocos días después, su hijo Guetón, relacionado con los círculos culturales vanguardistas europeos y amigo de Óscar Domínguez, fue detenido, y posiblemente arrojado a una fosa en Las Cañadas.

Los familiares directos del diputado asesinado fueron concentrados en Villa Loreto, la residencia familiar próxima a la plaza de la Concepción, para que contemplaran cómo se expurgaba e incendiaba la biblioteca de Rodríguez Figueroa, y cómo se quemaba su archivo personal.

Todo el patrimonio familiar fue confiscado, en aplicación de la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo, de marzo de 1940.

Despojados de propiedades y perseguidos, el resto de los familiares comenzó una auténtica diáspora en el exterior, primero en Europa y más tarde en América.

Recientemente, una de sus nietas, Rosalba, la hija de Hostilio, me confesaba desde la parte alta de la Cofradía de Pescadores, en la calle Las Lonjas, que habían destruido a las personas, las personas de su familia, pero no habían podido destruir la memoria, ni los valores. Ella, junto al historiador grancanario Sergio Millares, en la actualidad intentan reconstruir el itinerario de la huida familiar; del sufrimiento, mientras reflexiona sobre la necesidad de los perdones mutuos.

A don Luis, el hombre que impulsó la Biblioteca municipal, la educación y el alumbrado nocturno en nuestro pueblo, lo mataron y quisieron borrar su huella.

Su sólida formación intelectual, su capacidad de análisis, no pudo impedir la pérdida material; pero su compromiso y competencia para educar e instruir a su familia, de la que se hizo directamente responsable desde que quedó viudo en 1927, y los valores que les transmitió, han permitido la continuidad familiar.

Primero fue la huida. El sufrimiento, el desarraigo; el rompimiento de los lazos y los afectos.

Después reconstruyeron la familia los nietos, bisnietos, tataranietos... médicos, abogados, pintores, directivos de empresas. Esa es la auténtica herencia social y afectiva de don Luis.

Eso sí, la sociedad de Canarias, y especialmente la del Puerto de la Cruz, sigue teniendo una impagable deuda con don Luis Rodríguez de la Sierra y Figueroa

CONFERENCIAS

# Narrativa de ficción y épocas pasadas en la novela de José Javier Hernández<sup>1</sup>

Osmán Avilés<sup>2</sup>

Entregado: 13 de febrero de 2025

Aceptado 20 de mayo de 2025

En 1903, Antonio Machado escribe una singular carta a Juan Ramón Jiménez a causa del impacto que produce en su ánimo la lectura de un libro de Jiménez enviado por este último.

En esta carta, Machado expresa a su amigo su deseo de contribuir a que ese libro (*Arias tristes*) se conozca. Con dicho propósito se ofrece a escribir una crítica sobre ese libro admirable; «hacer algo sincero de verdad y de amor», confiesa entonces el joven y entusiasta escritor en *Tu voz amante*.

Una idea similar a la de Machado me lleva a escribir estas páginas movido por la fascinación que ha producido en mí la lectura de la más reciente publicación de José Javier Hernández, quien ha tenido la deferencia de enviarme su bello libro a esa otra isla del Caribe donde vivo: Puerto Rico.

En la obra literaria de Hernández existe un libro que reúne su energía más vívida y aquilata todo su potencial. Me refiero a la novela *Agua de toronjil y caña santa*, la cual es un referente de la isla de Tenerife y, particularmente, del Puerto de la Cruz en épocas anteriores. Pero ese devenir de la Isla y su gente viene complementado con otro modo de ocupar espacios y entretenimientos, la pasión por contar historias. Por eso, esta novela es como un ramillete de cuentos tan sentidos que pasan por historias reales en torno a sus personajes y, desde luego, su protagonista.

En el horizonte, el sol va cayendo sobre la belleza natural de riscos y cañadas. Caducan las horas y conviene un refugio, encontrar sosiego por esas alturas, la paz interior. He aquí un lugar para el silencio, antigua estancia de los pastores guanches, la cueva de Diego Hernández, donde Antonio Manuel, apodado el Vilano, pasa la noche y sueña con su amigo Acorán.

La soledad del personaje protagonista acompaña la soledad del escritor. La del autor es una soledad que recuerda la voz de María Zambrano, quien en su ensayo «Por qué se escribe» apunta: «Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que solo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas». Esta afirmación hace pensar en la efectividad que tiene aislarse para todo escritor. Desde luego, esto propicia el proceso de escritura, que brota en redes de palabras por la formación de ideas tan precisas como acertadas.

Ahora bien, otro autor que comprende la soledad con que ha escrito la *Historia de las ideas estéticas en España* es Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, ya en el cuarto tomo, reconoce la impronta de la soledad en su obra. Esto reflexiona el gran hispanista cubano José María Chacón y Calvo en un texto recogido en el libro *Visión de autores españoles* y publicado por primera vez en el *Diario de La Marina*, en 1946:

1 Conferencia impartida en la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife en junio de 2024.

2 Profesor. Maestro en Artes (MA) con concentración en Estudios Hispánicos. (La Habana-San Juan de Puerto Rico). Correo electrónico: frosmaviles@gmail.com.

Muchos años más tarde, Menéndez y Pelayo, en el último tomo de la *Historia de las ideas estéticas en España*, ese inconcluso y majestuoso monumento de la crítica moderna, se dolía también de la soledad con que había elaborado su obra y le confortaba el pensar que este aislamiento mismo le libraba de ciertos principios convencionales, que hubieran considerado como una monstruosidad esos cuatro tomos dedicados a historiar los movimientos estéticos de posible influencia en España. («Bajo el signo de la tolerancia»)

Desde luego, esa actitud de aislarse en Menéndez y Pelayo contribuye a la energía y enfoque en torno a la gran aventura que supone historiar los movimientos estéticos en tierra española. Por su parte, la soledad de Miguel de Unamuno se vierte en su precioso ensayo titulado *¡Adentro!*, publicado en 1900, donde su magistral reflexión aborda la idea de que para construir un universo es necesario buscar dentro de uno mismo; es decir, en el mundo interior de la psiquis, todo lo cual es un ejercicio que se realiza en solitario. En un poema del mismo autor, titulado «El aventurero sueña», esa actitud solitaria se observa en el soñador:

Soñó la vida en la llanura inmensa  
bajo el cielo bruñido  
como un espejo;  
la soñó inacabable y reposada,  
llevando el mundo todo dentro del pecho.  
Y al contemplar en el ocaso sierras  
de nubes encendidas,  
soñó su esfuerzo  
que más allá se abrían nuevos mundos  
encendidos, cual nubes,  
todo portentos.

En este poema publicado en 1907 se asoma esa postura de Unamuno en cuanto búsqueda de la plenitud hacia adentro o el interior del ser que observamos también en sus retiros al convento de los frailes dominicos de Salamanca. Por eso, cuando Antonio Manuel descansa en la soledad de esas alturas, la cueva es un vehículo hacia la interioridad de un inesperado sueño, un portal hacia remotas visiones de la mano de Acorán, el cabrero, y lo que ve no es amable a sus ojos, sino que resulta destructivo, de naturaleza irascible y, por tanto, misteriosa y huidiza.

No puedo, al dirigir la mirada hacia el soñador en la cueva de Diego Hernández, apartar el recuerdo de don

Quijote en la Cueva de Montesinos, si bien es ostensible la diferencia entre ambas paredes cóncavas. Una es pequeña y sinuosa; la otra es profunda y anida en ella variedad de aves. Pero más allá del aparente sueño del Vilano y el sueño del Quijote en rincón fantasioso es muy interesante observar cómo, llegados a este punto, en la novela de Miguel de Cervantes, el primer gran historiador de la literatura española, aparece un personaje que tiene las señas de ser el mulero Aquiles o el mismo Antonio Manuel de la novela de nuestro autor canario: «Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban venía un hombre a pie, caminando apriesa, y dando varazos a un macho que venía cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó a ellos, los saludó y pasó de largo.»

Ahora bien, guardando las distancias, el mulero del pasaje de Cervantes lleva un macho consigo, en tanto el Vilano lleva a Estrella, su mula. Sin embargo, una sintonía del escritor tinerfeño parece provenir del diálogo entrecruzado con la novela cervantina, diálogo con una época. En ese instante, Don Quijote intenta detener al hombre sin conseguirlo, pues este último le responde:

—No me puedo detener, señor —respondió el hombre—, porque las armas que veis que aquí llevo han de servir mañana, y así, me es forzoso el no detenerme, y a Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está más arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mismo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas. Y a Dios otra vez.

Estos fragmentos de la novela *Don Quijote de la Mancha* dan cuenta de un diálogo intertextual visible en la novela *Agua de toronjil y caña santa*. Este diálogo se extrapola como referente cultural, el de la costumbre de los muleros en hacer cuentos de la vida real, y que, en el caso del Vilano, de tanto escucharlos en un sitio y otro durante sus largos viajes, aprende a contar sus historias.

Pero la otra cara de esta narración es, por un lado, el intento de cercanía por parte del novelista al mundo aborígen de la isla de Tenerife, representado por Acorán, el cabrero, al que apodan «el Loco», y por otro, el sueño de Antonio Manuel en la cueva de Diego Hernández:

El Loco contó al mulero que, tras la reunión y el episodio de las abejas, una nublazón del color de la brea cubrió la isla. Sucedió muy rápido.

«Ese día anocheció temprano. El poderoso granizo que comenzó a caer desde media tarde derribó las ramas de los árboles quemados en las bandas del norte y del sur. Con razón comentaban los más viejos que no recordaban un pedrisco de tanta intensidad y una escorrentía que colmara los barrancos con ese abundamiento. Ni uno solo guardaba en su memoria una cosa parecida.

»A su paso el agua mordía con violencia los terrenos calcinados. Por encima de ellos, húmedo revoleaba ya el aire y en él estallaban olores que muchos habían empezado a olvidar.

En este fragmento, vemos el mismo personaje de «el Loco», quien transmite su conocimiento y experiencia al protagonista en torno a la quema del monte y la ceniza que el agua llevó hasta el mar y aún otras vivencias, como una mujer calva, llamada Felisa, quien degüella a un baifo con suma rapidez. El sueño en la cueva de Diego Hernández, tan extendido y raro, ofrece al corazón algo nuevo por decir que ha provocado asombro. No cabe duda de que Antonio Manuel, el Vilano, es un personaje de una humildad y nobleza proverbiales. Creo en el protagonista por su caracterización y su credibilidad enfática. Desde el niño que deviene joven y va descubriendo lugares, personas, sensibilidades a la par de un sinnúmero de emociones. Además, el Vilano rompe con esa ingenuidad inicial en la medida que adquiere otras experiencias, entre las cuales están los golpes de la vida. Por eso, un secreto envuelve al personaje de una afección que le persigue desde la arista del arrepentimiento moral; de ahí el tono de suspenso que envuelve al personaje, cuyo secreto se devela hacia el final de la novela. El Vilano ha matado a un hombre que pretende hacerle daño para robarle. En consecuencia, la muerte como subtema dentro del *corpus* narrativo es parte del conflicto, pues amenaza la integridad del hombre noble, como conocemos a este mulero, quien va y viene en su servicio de repartidor de mercancías.

Pero, si la muerte es un subtema, ¿cuál es el tema de esta novela? ¿La vida y la obra de este personaje? ¿Las historias que erigen a un pueblo en épocas anteriores? ¿Las costumbres o referencias culturales de esta zona del mundo? Sin duda, he mencionado varios temas que aportan a los valores de *Agua de toronjil y caña santa*, pero me atrevería a afirmar que el tema principal es la vida en la isla de Tenerife en épocas pasadas.

Sin duda, sus historias de ficción ocupan la vida de esa parte de la población menos favorecida, sus creencias, sus labores, sus emociones y su capacidad para solventar los reveses. Además, la novela no se circunscribe a un tiempo específico; de ahí que los lectores asocian esta lectura al tiempo de sus abuelos o bisabuelos. Es casi un asunto atemporal.

La novela de José Javier conduce a una narrativa de ficción acompañada de esa visión donde tiene en cuenta referencias culturales. Las costumbres ocupan un lugar cimero en la vida cultural de un pueblo. En este sentido, las creencias forman parte indisoluble en el arraigo de su gente; de ahí la práctica de los velorios, la iglesia del pueblo con la salida de sus procesiones y la devoción de las feligresas. Otra costumbre tan arraigada por el pueblo español y que ha estado presente en varias obras literarias durante siglos es la presencia de las lavanderas, quienes se congregan en el río para lavar las ropas de sus maridos, en tanto hacen vida social. Esa vertiente documentalista sin pretensión de denuncia se observa en este trabajo netamente femenino, forma de vida para la clase más humilde, la cual se recoge en obras anteriores como *Rimas humanas y divinas del licenciado Tomé de Burguillos*, de Lope de Vega; *La moza de cántaro*, del mismo autor; *Yerma*, de Federico García Lorca; *La busca*, de Pío Baroja, entre otros. Esta proximidad a la temática de las mujeres lavanderas, cultivada por autores españoles precedentes, da cuenta del testimonio costumbrista que pretende mostrar el canario José Javier Hernández, con la salvedad de que en Canarias el barranco convida al oficio de las lavanderas. Asimismo, los hombres visitan la taberna o las ventas, la plaza o los abrevaderos, y también se detienen en esas prístinas estancias los muleros, quienes transportan la mercancía y encuentran mediante el duro trabajo una forma de sustento.

La presencia de la mujer no solo se circunscribe al espacio del arroyo. En esta novela, las mujeres tienen sus luchas; ellas arreglan, se abren paso a las dificultades, se enfrentan al planchado y no titubean ante los obstáculos. Algunas veces, el Vilano narra sus historias, cual la sorpresa que tiene con la viuda llamada Frasca, y, en otros momentos, un narrador onisciente da cuenta de sus vidas, como la ocasión en que el amor lésbico aleja de La Caleta a Remeditas la Tarasca.

Este es uno de los aciertos de la novela: la visibilidad de las mujeres, la manera de justipreciar su presencia y sus labores anónimas frente a la mentalidad patriarcal. Otro

ejemplo del valor que consigue otorgarse a la mujer en estas páginas es el personaje de Isolina, quien, en una parada de su burro, decide abrir allí una venta y por esta causalidad, pura recreación del autor, se inicia el crecimiento y población de La Caleta, donde todo está aún por construirse.

Ahora bien, el realismo mágico aparece en la novela de Hernández. Esta vertiente que García Márquez cultivó con frecuencia en su literatura le valió el reconocimiento internacional; pero no puede olvidarse que la novela *Jardín*, de Dulce María Loynaz, es anterior a *Cien años de soledad*, hecho que la autora recuerda en los círculos de intelectuales a propósito de los detalles mágico realistas presentes también en su obra. Últimamente, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, publicado en 1955, se ha visto como antecedente del realismo mágico, si bien el concepto literario sucede a lo real maravilloso de Alejo Carpentier.

No obstante la rivalidad de quién concibe primero el realismo mágico, Hernández conoce la obra de ambos escritores y se siente seducido por el poderoso imán que atrae esas historias, valiéndose de este enfoque literario. En consecuencia, al trazar el mundo realista de La Caleta, de repente dos hermanas solteras caminan avergonzadas por la calle, luciendo sus vestidos completamente mojados. El detalle mágico realista es que el despliegue bochornoso de las dos mujeres ha sido a causa del viril orine de un tigre circense. Otro momento con estas características narrativas se produce en el vuelo del fraile Juan Díaz. Si bien este hecho aparece documentado históricamente en la región, el milagro del vuelo del fraile «a merced del viento» continúa mirándose como mágico, incluso, desde la correlación con la lluvia ocurrida la tarde siguiente, en la cual se dice que «llovió tanto que el cielo se vació en tres horas». Ahora bien, es asombrosa la historia de Acorán, el loco, cuando se lo llevan en parihuela a su casa en Atini-zuaga. En ese capítulo, el realismo mágico se vierte en el encuentro de este con su mujer, María de la Concepción, quien, muerta hace tiempo, vuelve para ayudarlo a morir. Sin duda, este último pormenor da cuenta del visillo mágico, el cual parece próximo a un sueño o parte de los delirios del personaje al final de su vida.

Desde el punto de vista lingüístico, estamos ante un libro con un rico acervo léxico, porque el autor utiliza un vocabulario amplio, en ocasiones culto y en otras sencillo, en busca de combinar su utilización con los personajes de la narración. Leamos un fragmento donde aflora la belleza del lenguaje:

En medio del asombro que causó esa tarde la sabia palabra de don Licinio José, uno –al que llaman Publio– levantó el brazo para llamar la atención del maestro. Otorgado el permiso para hablar, dijo que un día en la calle de las Tiendas –y ahí se detuvo como si buscara el momento y el lugar con sus ojos–, el traqueteo de la carreta desbarató las ataduras de un haz de libros que transportaba.

La mala fortuna hizo que un ejemplar saliera despedido por el hueco de una telera rota y cayera al suelo. Antes de volverlo a su sitio en la carreta, Publio el Cazador –así lo llamaban– tuvo la curiosidad de olerlo y no supo bien por qué. Fue un gesto rápido que pasó inadvertido para el carretero. Por primera vez percibía el olor extraño que desprende un libro, y el hombre lo detallaba con apuro y nerviosismo esa tarde de la solemne inauguración escolar.

El maestro alabó en público la experiencia de Publio y agregó que un libro, como cosa natural y física que es, huele igual que puedan oler los granos de café tostado o el orégano verde. Pero aún dijo más. Dijo que lo importante es que un libro puede dar razón a cuestiones que implican conocimiento, como el misterio del origen de la vida inteligente, el camino que siguen las cometas por la esfera celeste o la naturaleza de la Vía Láctea. Puede que ese hipotético libro explique los cuantiosos beneficios de una tabla de gimnasia y lo sano que resulta el descanso cuando los pensamientos se apaciguan y aparece rondando la soñera.

Era tarde. El maestro puso punto y final a su discurso. En estuche de vacuno plegó y guardó sus espejuelos, y los asistentes irrumpieron en un clamoroso aplauso que él agradeció con amplia sonrisa. Antes de partir se giró para hacer una última consideración. Entonces dijo que los libros son el invento más asombroso creado por el hombre.

A este acierto con el lenguaje contribuye la creación del personaje don Licinio José Mejías, maestro de la escuela, quien ocupa un lugar destacado en la narración, porque es aquel que domina todos los secretos de las palabras y considera que los libros, esas «ventanas maravillosas», al decir de la destacada bibliotecaria María Moliner, son el invento más asombroso del hombre.

Por eso, en esta novela hay también un recorrido por el léxico de ciertas palabras, como *bruma*, esa que adque-

re más de un significado, como la neblina o la bruma que los caleteros «pescan» lo mismo de día que durante la noche, motivo por el cual las mujeres preparan un brebaje. Leamos un fragmento donde el lector reconoce el nombre del brebaje, el que a su vez se trata del sugerente título de la novela:

Caía la bruma sobre el campo y las casas. El día se dirigía presuroso hacia el final de la mañana. Aún quedaba tiempo para que el frío húmedo, que parece surgir del suelo, desapareciera por completo. En días así los camineros prefieren andar recogidos entre los muros del cuarto del fuego tomando algo caliente, y no salir fuera si no es para ir al retrete o para hacer lo que no puede esperar al día siguiente. Son días tristes que la tierra recibe con complacencia.

Esos días las gentes de Camino Chasna prefieren tomar agua de toronjil con caña santa a cualquier otra hierba. Como lo tienen por costumbre antigua combinan las dos plantas. Así combaten los camineros el frío y ciertos padecimientos que amenazan con romper el equilibrio del cuerpo.

Los viejos son quienes más saben de esta materia. Los viejos saben cosas que muy pocos manejan. Dicen, entre tanto aprendido, que los hombres no deben beber juntos el toronjil y la caña santa, que esa toma les repercute «en lo suyo». Si ocurre tal cual lo explican, el remedio puede llegar a ser peor, pues por culpa de «eso» que les daba hubo años que nacieron pocos chiquillos. Entre los pocos chiquillos que nacían y los muchitos que mataba *la bruma*, las casas se les llenaban de padecer, y los bancos de la escuela, de frío y clareas manifiestas.

La bruma que existe en Tenerife y que produce el viento alisio, un viento del noreste, se detiene en las montañas y ahí permanece por algún tiempo, hasta desaparecer fortuitamente. Ese mar de nube o nubosidad en el norte de la Isla puede ocurrir cualquier día del año; sobre todo en mayo, junio y julio se deja ver con más frecuencia, aportando pequeñas gotas de agua, las cuales caen en la copa de los árboles del monte y estos últimos las distribuyen sobre el terreno. Esto es lo que se llama lluvia horizontal, ese goteo constante es agua que propicia un gran verdor, y sirve además para refrescar y mantener los acuíferos. La bruma en la vida real no es dañina para el ser humano; en cambio, es un artilingio en la novela, una invención que forma parte del hecho literario, exégesis

que se presenta como leyenda en la relación interactiva con la naturaleza. De manera que la introducción de lo natural en la novela sucede mediante la participación de elementos naturales devenidos espacios sociales. Recuérdese el personaje de Isolina, quien abre una venta a partir de la parada de su burro, originando en torno a su establecimiento, el pueblo conocido por La Caleta. Pero el incipiente avance social no trae la fuerza aniquiladora de la Modernidad, sino que refleja el orden natural de otro tiempo, cuando caminantes reconocen el sonido de las lavanderas, batiendo la ropa en la piedra del barranco; de ahí que el narrador sigue el esquema visto como tradicional en la configuración de la vida de sus personajes y la mujer aparece como cuidadora de los hombres, dando a beber a estos agua de toronjil y caña santa.

Otro de los momentos positivos en la novela de José Javier Hernández son los valores sapienciales que reflejan la experiencia de vida del autor, y son expresiones que aportan de modo inequívoco a la caracterización de los personajes: «llorar es agarrar aire para soltar lo que duele», «el recuerdo se vuelve más intenso con la pena», y «Guardar rabia y resquemor por cosas que nos ocurren no es bueno» son ejemplos de lo agudamente sencillo y profundo de dichas frases.

La temática del sueño, como hemos visto, está presente en la novela. En el pasado, los sueños trazaban a menudo el destino de la gente. En la literatura griega, vemos su influencia en el destino de los personajes por la fe en estos. Por ejemplo, Aquiles sueña con el dios Hermes en la *Ilíada*; es advertido por este último acerca de su destino en la guerra de Troya, y, al saber que moriría joven, enfrenta su destino con valor, conociendo que sería recordado como un héroe. En el *Nuevo Testamento*, un ejemplo preclaro lo avistamos en la figura de José, esposo de María, para quien los sueños eran una forma de profecía e influían en la cotidianidad. Por eso, sigue a pies juntillas los designios que Dios traza para su vida. Pero en el presente, los sueños parecen nubes de invierno, porque, cual incógnitas, cubren la cima de los volcanes, despejando la cumbre pocas veces durante la estación y rodean así al hombre moderno, quien ha perdido su contacto original con la madre natura. En la novela que nos ocupa, el narrador menciona lo que ocurre con los sueños de Antonio Manuel, el Vilano: «Dice que esos sueños, que no siempre son placenteros ni de su gusto, a él lo andan rondando día y noche». Se trata de un narrador testigo, el cual se convierte en omnisciente al plantear, en el mismo discurso, ese lado oculto de los sueños: «No se le quedan quietos esos sueños ni puede saber cuándo huirán de su lado para marcharse ni cuán-

do estarán de vuelta porque, borboteando y espoleando, de nuevo aparecen cuando menos se esperan y negarán la realidad de cada uno, como queriendo sustituirla por otra que no siempre es más bella ni más provechosa». Sin duda, el misterio no se antepone a los sueños, sino que afirma su presencia a la manera de su existencia incógnita. A propósito de esa zona misteriosa, los sueños han sido objeto de estudio a lo largo del siglo XX por varios psicólogos, entre los que se encuentra el suizo Carl Gustav Jung. Sobre los sueños, él ha dicho en su libro *El hombre y sus símbolos*: «Expresan pensamientos nuevos que, hasta entonces, jamás alcanzaron el umbral de la conciencia». En este sentido, estos surgen de modo imprevisto y en diversas ocasiones se les desconoce la causa de su aparición repentina si bien Jung reconoce en ellos una forma de «restablecer el equilibrio psicológico». Por eso, resulta interesante hallar la causa del sueño de Remeditas la Tarasca, quien sueña con el tigre de Bengala, poseyéndola en su cama pese a todos sus esfuerzos por deshacerse de él. Este sueño nos hace pensar en el lance de la joven virgen con el tigre del circo. Desde entonces, encontrar pretendiente se dificulta para ella y su hermana, razón por la cual el tigre sigue siendo una amenaza (un trauma) en el sueño de Remeditas.

Ahora bien, no pretendo descifrar aquí la posible causa de los sueños que ocurren en los personajes de la novela; pero me aproximaré sencillamente a descifrar algo de lo que los sueños comunican en la vida de cada personaje desde una perspectiva narratológica. Por consiguiente, dentro del arte de novelar, el ilustre Benito Pérez Galdós ha dicho de la novela que esta es «imagen de la vida» a propósito de la reproducción de todo lo que existe y, sobre todo, de la realidad humana. La narrativa de Hernández coincide con la primicia de Galdós. La materia novelable en *Agua de toronjil*... se teje fundamentalmente alrededor de una parte de la población sumamente humilde, dando vida a personajes cuya ficción roza con la realidad en historias que reflejan vidas pasadas. Como Galdós, José Javier hace soñar a sus personajes –a veces dormidos, otras despierto– comunicando con la realidad o la locura, transcurriendo una narrativa con una dimensión temporal extensa que no siempre coincide con el tiempo de la lectura del sueño. Por ejemplo, en el caso de Remeditas la Tarasca, la actividad onírica en torno al tigre de Bengala –que se mete en su cama y la posee toda la noche sin que ella pueda librarse– da cuenta de una distancia temporal entre lectura y acción; es decir, una transcurre en el tiempo de la lectura del texto, relativamente breve para el lector, y otra acontece como una acción prolongada en el

interior de la conciencia de la Tarasca (toda la noche). Por su parte, Acorán sueña despierto y esos sueños resaltan aspectos de la personalidad de «el loco», quien no por gusto lleva ese sobrenombre. Antonio Manuel sueña a través de este último y ve cosas que le cuenta el amigo, indicando la cercanía afectiva del protagonista hacia el cabrero. Estos sueños, a diferencia del sueño de la Tarasca, se prolongan en la lectura y en el espacio tiempo que ocurre en la interioridad psíquica de dichos personajes. Y aun otro sueño falta mencionar, aquel en el cual Reparada ve tumbado a Emiliano, su marido, en el rosal del patio, herido en sus brazos y cuello por las espinas de aquellas rosas. Este sueño revela esa relación filial entre los esposos. Además, el tiempo en que transcurre su lectura es breve, este indica lo extraño de los sueños y, en consecuencia, es un atenuante al final nada conciliador que está por ocurrir: la muerte de Emiliano. No se produce, por tanto, el equilibrio psicológico planteado por Jung en el sueño de Reparada. No puede existir si no hay un equilibrio narratológico y aquello que permanece en la conciencia son recuerdos, al decir del narrador.

Por último, el humor que se destila en la novela aparece unido a la intención satírica del autor, provocando tensiones que se solucionan desde la exégesis narratológica, mediante hipérboles que conducen a la risa. En este sentido, el Vilano va a recoger un encargo de las tres hermanas restauradoras e interpreta mal las palabras de Misterio, creyendo que el contenido del frasco ha sido encontrado en la cabeza de Trinidad. Esta última, aparece en la escena convaleciente de una operación, con varios metros de gasa que cubren su cabeza, rodeada de un enjambre de moscas. La exclamación del Vilano «¡Pero qué mierda es esa!» es el detonante de la risa frente a la impresión grotesca. En realidad, el contenido del frasco que sostiene Santísima y que recibe el Vilano ha sido hallado en el interior de la cabeza del Niño de Chasna. Otro episodio cargado de picardía es el del cura que oculta una gallina bajo la sotana para aliviar el pago de la mercancía a los feligreses. Balbino, el transportista, sospecha del ingenio del cura para esquivar el impuesto e interroga al sacerdote: «–Alto, ¿qué cosa abultada lleva ahí debajo que tanto se mueve?» A lo cual responde con ocurrencia, el sacerdote: «–Qué va a ser, hijo mío, qué va a ser... abultado y que encima se mueva». Desde luego, este diálogo estimula el humor y así continúa en este y otros momentos de la novela, donde se aprecian elementos discordes que producen risa y que bien pueden ser motivo de ulteriores análisis literarios por estudiosos y críticos.

Reflejo de la herencia naturalista, *Agua de toronjil y caña santa*, de José Javier Hernández, demuestra mediante un excelente modelo de escritura una conciliación armónica entre la naturaleza y el espíritu humano. En su decoro lingüístico, un antiguo imaginario sorprende en abundantes narraciones que conciernen fundamentalmente a personajes de una clase humilde, dócil, donde se valida la presencia de la mujer, su energía y vitalidad en las labores de otrora. Los hombres representan su contexto: muleros, cabreros, personajes sencillos con una voluntad y un instinto que se apegan al orden natural. En este sentido, los sueños son un vehículo para alcanzar el equilibrio de cada personaje, aunque es una tácita labor, pues la realidad irrumpe contra todo destino y el narrador no reacciona contra el macro universo, sino que lo retrata a conciencia del lado incoherente de los sueños. En definitiva, el autor transmite con nostalgia una particular recreación del pasado de su Isla, la inocencia y la utopía de una época soñada y perdida.

La lectura de esta novela me condujo a un tiempo lejano, lejos de la velocidad, los avances tecnológicos, esas imposiciones de una sociedad que ha querido despojarnos de la naturaleza y de todo lo que considera –erróneamente– primitivo.

Esta es la crisis que vive el hombre del presente y que documenta Esteban Tollinchi en su libro *Romanticismo y modernidad* al reconocer en la filosofía de Descartes la disolución de la naturaleza y del espíritu: «la ciencia moderna del pansiquismo, característico de la naturaleza renacentista, separa definitivamente los espíritus y el espíritu de la materia y de la naturaleza, lo finito de lo infinito». Dicho de otra manera, la máscara social ha distorsionado la imagen que el hombre tiene de la naturaleza; la ruptura de este con el orden armónico y perfecto lo hace un desconocedor de la esencia natural. Por esta razón, Tollinchi apunta:

Es la naturaleza considerada como motor de lo inconsciente: las pesadillas, las alucinaciones, las fantasías y los sueños son los fragmentos, los tartamudeos que nos quedan o que nos llegan de aquella gran lengua original de la naturaleza que hemos olvidado conscientemente. En la inconsciencia se manifiesta lo que es la naturaleza objetivamente.

La reflexión de Tollinchi mueve a pensar que la cueva de Diego Hernández no solo es símbolo de silencio, sino que aporta silencio; un lugar favorecido, de bendición y de paz, donde abunda «la quietud y la contemplación». Por eso, la novela matiza un regodeo de los sentidos que, en el caso de los sueños, estos se destacan a través de la visión.

En suma, estamos frente a un autor que cree en la vitalidad de los sentidos como materia para la escritura de ficción, aportando realismo y naturalidad a sus historias con un amague de nostalgia, donde la bondad e inocencia y la vida sencilla se muestran distantes de las imposiciones sociales y el fracaso de nuestra civilización.

Varios son los ejemplos donde se observan descripciones sensoriales. Por ejemplo, el perfume de los naranjeros fue el último olor que sintió Acorán, el cabrero. En la antesala de la muerte, este agradable olor lo percibe como un regalo. El espléndido sabor de los pasteles de Navidad de Tenerife y su hechura también se describe en la novela a través del entusiasmo de los ingleses que se hospedan en las diferentes fondas de La Caleta. Sin duda, esta inclinación hacia la descripción de los sentidos pone de manifiesto la intención del autor al proporcionar un tono de naturalismo y a la postre, autenticidad en sus narraciones.

Desde luego, la práctica del senderismo ha desarrollado en el autor una atracción por los sentidos, también su oficio de poeta contribuye a otorgar emoción a su obra más cabal. Como el aventurero del poema de Unamuno, José Javier gusta caminar sin prisa por el monte. Cuando ha puesto en pausa esta actividad prolongadamente, ha regresado siempre para probar sus fuerzas. Entonces, el monte lo recibe agradecido y le regala la energía que necesita para continuar su andadura. En las cañadas del Teide, ha descansado en la cueva de Diego Hernández algunas veces y en cada incursión siente el sonido del viento, rozando las piedras de la entrada, rompiendo el más absoluto silencio. La soledad de esas alturas converge con la paz, esa paz que se consigue cuando nuestro amigo escritor ha conseguido retener todas las palabras.